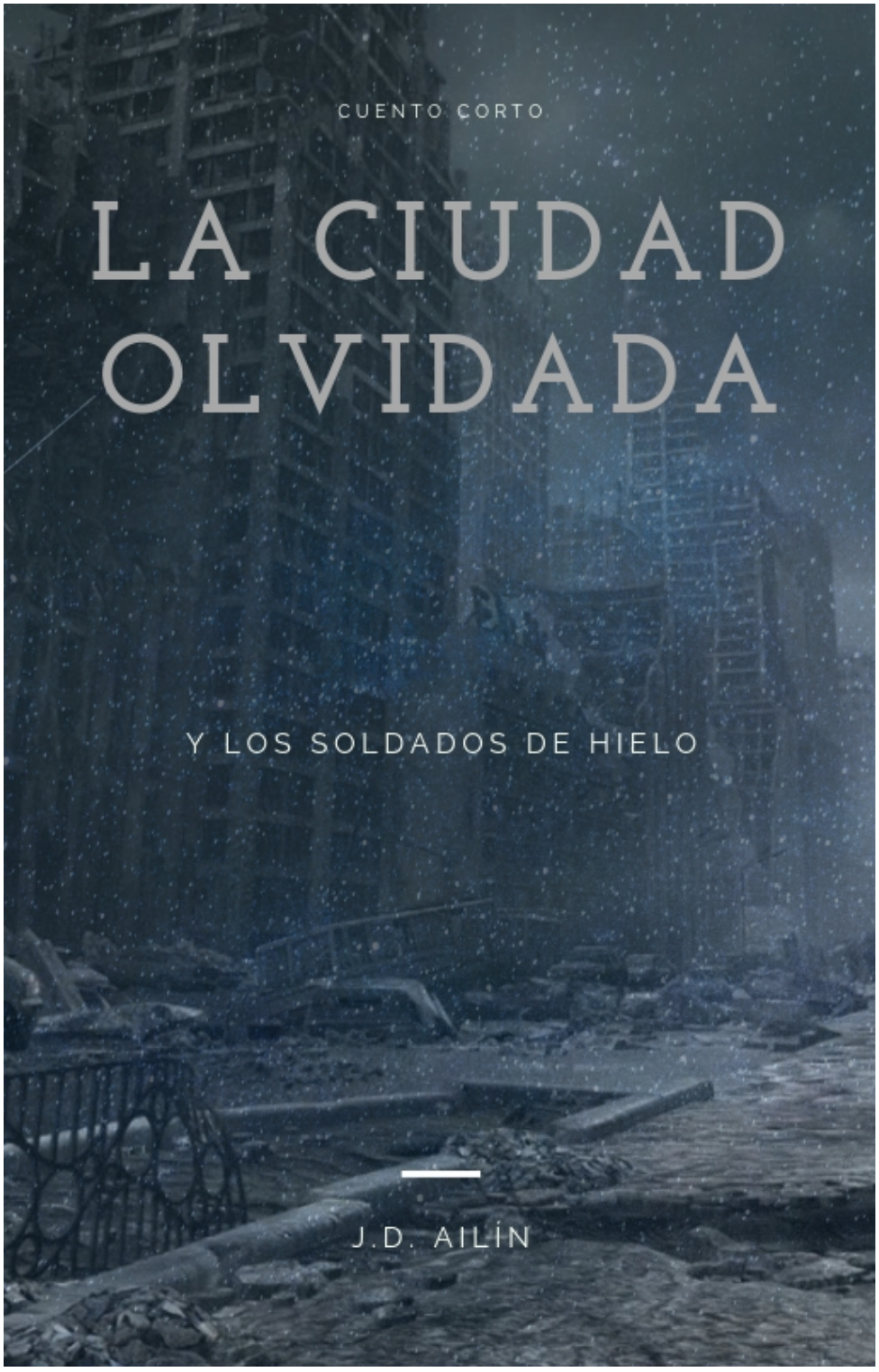
La Ciudad Olvidada y los Soldados de Hielo (cap. 1 a 3)

J.D. Ailín



Capítulo 1

Sus ojos verdes la siguieron en todo el extenso recorrido desde la entrada de la biblioteca hasta que finalmente la tuvo frente a él. Por alguna razón su cuerpo no reaccionaba, estaba tan tenso que parecía que su sangre se había congelado dentro de sus venas. Sin embargo...la proximidad con ella y la dulzura de su abrazo al alcanzarlo, actuaron como un potente analgésico capaz de sanar cualquier dolor en cuestión de segundos.

Tobías elevó sus manos y la aferró como si no hubiera un mañana, pegándola tanto a su cuerpo que casi podía sentir su corazón latir en sintonía con el suyo propio. Habían pasado tantos meses separados que creía sentirse lo suficientemente fuerte para llevar a cabo esa charla. Pero toda su valentía se esfumó de un momento a otro cuando la escuchó gimotear angustiada; desapareció de la misma forma que se escapa la arena entre los dedos, tan imperceptiblemente que, cuando quiso darse cuenta, sus manos ya estaban vacías.

—Te extrañé demasiado —susurró, con la voz ronca y sin soltarla. Temía que aquella fuera su última tarde juntos y aquel abrazo su sentencia de muerte. —Por todos los dioses...cuánto te extrañé —repitió, hundiendo su rostro poco a poco en su cuello y cargándose de su dulce aroma.

Dánae, por su parte, estaba sumida en un mutismo impropio de ella. No entendía muy bien lo que sucedía e intentaba ignorar las razones por las que Tobías se había marchado cinco meses atrás en una misión que él prefirió no darle a conocer. Fiel a sus sentimientos, lo esperó durante varios días...y esos días se transformaron en semanas, que luego mutaron en meses y ella seguía sin saber nada de él. No sabía si él estaba bien, no sabía cuándo regresaría o siquiera si deseaba regresar; tampoco sabía si estaba muerto. No obstante, bajo el lema “las malas noticias llegan rápido”, se cargó de esperanza y de un optimismo ciego.

Y así ella convivió con su tristeza durante todo ese tiempo, hasta que esa misma tarde de otoño recibió su mensaje, aquel que creyó nunca recibiría; soltó los libros que tenía en sus manos y que estaba acomodando en uno de los estantes de la biblioteca donde trabajaba, y salió corriendo hacia la puerta de entrada, pensando que ya había perdido el juicio y que ese mensaje solo era producto de su imaginación, que él realmente no la estaba esperando afuera.

Varios segundos permanecieron abrazados, segundos que parecían efímeros en comparación con los días que estuvieron lejos el uno del otro. Finalmente, Dánae pudo desarmar el nudo que se había formado en su garganta y soltó sobre él una catarata de palabras.

—Te odio...eres un idiota. ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¡No creas que te perdonaré tan fácilmente!

Tobías se separó lentamente y la miró por algunos segundos, esbozando una sonrisa de alegría al recordar esa belleza y esas rabietas sin sentido que lo enamoraban. Ella, completamente confundida, lo empujó furiosa y asestó un golpe débil contra su pecho mientras sus ojos se cargaban de lágrimas por la amalgama de sentimientos encontrados, una mezcla de preocupación, desconsuelo y felicidad que la invadían. Más cuando intentó repetir el golpe, Tobías detuvo su mano y se la llevó al corazón, presionándola suavemente contra su pecho.

—Lo sé, lo siento... —se disculpó apenado, a pesar de que no era su completa responsabilidad la ausencia.

Dánae rompió en un llanto desesperado que a él le llegó hasta lo más profundo y resquebrajó su rudeza inherente. Volvió a rodearla en un abrazo y la acercó hacia sí para dejar un beso dulce en su frente. Luego deslizó sus labios camino abajo sobre su piel hasta el encuentro tan anhelado con su boca; solo entonces la besó, lenta y pausadamente y ella, a pesar de sus ganas infinitas de mandarlo al diablo, respondió temblorosa.

El beso duró hasta que ambos se quedaron sin aliento y hasta que las lágrimas de Dánae se secaron sobre su rostro aterciopelado. Tobías, completamente perdido en su aroma, se separó con lentitud y la contempló hasta que ella abrió sus ojos.

—Tengo que hablar contigo —le dijo en un susurro. Ella suspiró y asintió con la cabeza. —Pero no aquí, es muy peligroso. Te esperaré a que termines tu turno en el trabajo y luego iremos a un lugar más seguro ¿vale?

—Okay —musitó ella, sin hacer preguntas. Sabía que era en vano.

— ¿En serio me odias? —inquirió Tobías, arrugando la frente. Dánae sonrió por primera vez desde el reencuentro y se encogió de hombros.

—Sólo un poco... —besó su mejilla y regresó a toda prisa hacia el enorme edificio de ventanales espejados, evitando mirar atrás.

Capítulo 2

Dos horas después, Dánae se preparaba apresuradamente para salir. Se echó un vistazo en el espejo para comprobar su aspecto y decidió soltarse el cabello; la melena oscura cayó sobre sus hombros y ella la sacudió levemente para acomodarla. Su humor había mejorado notablemente después del encuentro, y es que no se le veía una sonrisa tan genuina desde el primer día en que Tobías se había marchado. Incluso sus mejillas pálidas se habían teñido de un rubor que embellecía su joven rostro. Era como si, de repente, se encendiera una luz en su interior, devolviéndole todo el calor a su alma.

El muchacho de piel morena la esperó a un costado de la entrada principal, con medio cuerpo subido a su motocicleta y el casco puesto. Cuando ella lo alcanzó, la ayudó a treparse en la parte trasera y le pasó el otro casco para que se lo colocase.

—Sujétate bien —le dijo, girando apenas hacia ella. Dánae pasó las manos por su cintura y lo abrazó fuerte, sintiendo el vértigo típico que la invadía cada vez que se subía a ese cacharro de dos ruedas.

Tobías puso en marcha la motocicleta y aceleró en dirección a la calle, uniéndose segundos después al caudal de vehículos que transitaban por el lugar. Hacía mucho frío para estar tan lejos del invierno, aunque, por fortuna, el sol era generoso y calentaba agradablemente las calles. Además, sentir a Dánae tan pegada a su cuerpo lo reconfortaba de forma diferente.

Tomaron el acceso en dirección a la carretera principal, esa que disgregaba las dos facciones de la ciudad. A la izquierda se divisaban los nuevos y relucientes edificios, alzándose en la inmensidad del cielo azulado y tan impecables que parecían espejismos; a la derecha, las ruinas de la antigua facción, separadas de los límites mediante cercas inmensas, emergían desde el suelo cual frágiles castillos de arena que se desmoronan con el viento. Aquellas dos imágenes tan antagónicas estaban pobladas de un aire un tanto perturbador, aunque los habitantes de la ciudad en pie parecían ignorarlo por completo. Para la mayoría de ellos, la postal era tan normal como ir al trabajo, levantarse por las mañanas o sacar a pasear al perro; el bombardeo era una parte fatídica del pasado y, desde que acabaron con los sublevados, el mundo se volvió un lugar más seguro.

Pero no siempre había sido así. En algún momento de la historia, ambas ciudades co-existían a la par; funcionaban como un enorme sistema simbiótico en el que ambas partes se beneficiaban de la otra.

A la derecha de la carretera, la Ciudad Industrial albergaba la mayoría de las fábricas manufactureras. Producían alimentos, maquinaria, recursos y hasta medicinas; mientras que a la izquierda se desarrollaba toda la tecnología necesaria para optimizar al máximo la producción industrial.

Los libros de historia señalan que el líder de la Ciudad Industrial era "un hombre correcto y de gran corazón, que ha perecido en manos de la codicia y que no ha podido contener correctamente a sus subordinados".

El día de la sedición fue el más oscuro vivido por la humanidad. Decenas de bombas estallaron en toda la ciudad, sembrando y esparciendo el pánico entre los habitantes, en su mayoría obreros con sus familias. El líder de la Ciudad Industrial fue capturado por un grupo de rebeldes enmascarados; traicionado por sus propios concejales y asesinado a sangre fría en el baño de su casa.

La facción vecina, alertada por los atentados terroristas, decidió intervenir y atacar a los rebeldes, instaurados en la que hasta ese momento funcionaba como la Casa de la Justicia, un edificio tan antiguo como la ciudad misma.

En la época oscura no había una sola alma que pudiera salvarse. Pocos fueron los sobrevivientes que, despojados de sus hogares, cruzaron a pie esa carretera y pidieron asilo en la Ciudad Tecnológica. Sin embargo, ésta se vio obligada a aislarse y a aumentar la vigilancia en sus fronteras, evitando el ingreso de cualquier persona ajena a ellos. No podían confiar en nadie, por más herido que estuviera.

La guerra civil entre ambas facciones duró meses y causó centenares de muertos, tanto terroristas como militares e inocentes. Para la muerte no existía un bando o una edad establecida; llegaba y se alimentaba de todo lo que estuviera a su paso. Los rebeldes remanentes fueron capturados y puestos a disposición de la Justicia y del líder de la única ciudad en pie, quien tomó la determinación de ejecutarlos.

Los libros de historia están repletos de imágenes perturbadoras de ese día en particular: la Ciudad Industrial destruida; pilas con cadáveres de inocentes en las calles; militares armados, escoltando al grupo de rebeldes hacia la otra facción. Sin embargo,las que más abundan en las páginas son las de los rebeldes ejecutados en la plaza central, una imagen que fue y es usada como advertencia de lo que sucede cuando se transgrede a la ley.

Hoy en día, más de ciento cincuenta años después de la sedición, la Ciudad Industrial sigue vagamente de pie, al otro lado de la carretera. Ahora sus fábricas no eran más que estructuras frías y vacías, como el esqueleto putrefacto de un nomen nescio que ha sido olvidado por sus seres queridos. Sus calles, oscuras e intransitadas, recorren la ciudad

como arterias que llevan en su seno la muerte y la desgracia de un pueblo inocente que lo ha perdido todo. Pocos fueron los sobrevivientes que, despojados de sus hogares, rogaron asilo en la Ciudad Industrial. Y, de esas escasas personas, solo algunos fueron recibidos puertas adentro. El resto fue abandonado a su suerte.

Rumores verosímiles orbitan alrededor de la ciudad olvidada, causando pesadillas en los más pequeños y engendrando miedo en los habitantes. Algunos dicen que los fantasmas de los caídos transitan por las calles, atormentando a cualquiera que se cruce en su camino; otros aseguran que las bombas dejaron residuos químicos tan perniciosos que nada vivo podría volver a crecer en ese suelo. Sea cual sea el rumor, nadie que aprecie realmente su vida es capaz de acercarse siquiera a los confines de la ciudad olvidada...nadie, excepto Tobías.

Capítulo 3

— ¿A dónde vamos? —chilló Dánae, completamente alarmada al ver que Tobías se había desviado por una calle demasiado próxima al vallado.

—Tranquila —respondió él, apenas girando la cabeza para verla un segundo. —Confía en mí —y aceleró.

Mientras apresuraba más el pobre motor de la motocicleta, no podía evitar llenarse de pensamientos completamente egoístas. Quería pedirle a Dánae que huyeran juntos; decirle que conduciría su motocicleta hasta el mismísimo fin del mundo porque allí no habría nada de qué preocuparse; abandonar la ciudad y entregarse a una aventura nueva, lejos de todo el desmadre. Pero no era tan simple; ella, a diferencia suya, tenía una familia esperándola en casa; una familia que la protegía más de lo que él podía protegerla.

Su padre era el gobernador de la Ciudad Tecnológica y una de las personas con más poder allí. Su madre, una mujer elegante y silenciosa, dedicaba su vida a cuidar de sus tres hijos y a mantenerse al margen del chismerío. Y aunque a ninguno de los dos les agradaba la idea de que su única hija saliera con alguien tan banal como él, la apoyaban en todas sus elecciones.

Los hermanos mayores de Dánae, por el contrario, lo detestaban al punto de querer ver su cabeza colgada en el salón de los trofeos de caza de su padre, pero eso nunca le resultó un impedimento para estar con ella.

Cuando el pavimento se convirtió en una mezcla entre tierra y pequeños trozos de escombro, Dánae contuvo el aliento y apretó fuertemente sus ojos; la flamante ciudad que conocía había quedado atrás, y en su lugar el paisaje se volvió lúgubre y desolado. Incluso el sol parecía ignorar aquel paraje erguido directamente de las tinieblas, negándose a regar su cálido esplendor sobre las tierras abandonadas.

—No deberíamos estar aquí… —reprochó ella, sintiendo que el corazón latía frenéticamente dentro de su pecho.

Tobías liberó una mano y la posó por algunos segundos sobre las de Dánae, presionando ligeramente sus dedos en señal tranquilizadora, pero nada podría calmarla en ese momento. Ella esperaba que sólo fuera una broma de mal gusto por parte de Tobías y que en cualquier momento daría la vuelta para regresar a la seguridad de su hogar.

Pero no fue así, y tras varios minutos que a ella se le hicieron eternos, fueron aminorando la marcha hasta detenerse completamente, justo a dos

kilómetros de distancia del primer puesto de vigilancia.

Tobías bajó primero para poder ayudar a su novia, quien parecía haberse congelado y echado raíces sobre la moto. Entre apenado y divertido, le quitó el casco y notó la palidez excesiva de su rostro y un sudor frío resbalando por sus sienes.

—Dannie —susurró dulcemente, buscando su mirada. —Este sitio no es lo que todos piensan, y si todos supieran lo que los Tecnológicos… —acalla sus palabras y se muerde los labios para evitar seguir hablando, después de todo no estaban a salvo aún.

— ¿Qué? —inquirió ella, un tanto malhumorada. Tobías resopló.

—Te lo diré pronto...pero antes debemos salir de aquí.

—No podría estar más de acuerdo —soltó sarcástica.

—Estoy hablando en serio…

—También yo —replicó Dánae.

No obstante, al ver la expresión de Tobías supo que aquello no era ninguna broma del día de los inocentes y que, si él la había llevado hasta allí, tenía sus razones, por más dementes que fueran.

Finalmente se apeó del vehículo, aferrándose a él para mantener el equilibrio. Sus piernas reaccionaron negativamente y flaquearon al estar en contacto con el desconocido suelo de tierra, así que el muchacho la rodeó por la cintura y la sujetó firmemente, hasta que ella logró recomponerse.

Una vez seguro de que su novia no iba a desmayarse frente a él, empujó la motocicleta hasta unos arbustos, demasiado crecidos para ser pintorescos, y utilizó sus ramas para ocultarla por completo.

—Por aquí —le indicó, tomando su mano y guiándola hacia la alambrada.

Se detuvo frente a ésta y la observó detenidamente, hasta dar con lo que buscaba: un corte casi invisible a simple vista y unas pequeñas pinzas de alambre que unían ambas partes de la cerca.

Dánae escudriñó los alrededores un tanto paranoica, sintiéndose una delincuente e imaginando que en cualquier momento cae la policía y se los lleva a ambos presos. Pero eso no pasó, haciéndola dudar incluso de la seguridad que su propio padre había contratado.

En cuestión de minutos ellos ya se hallaban del lado prohibido, transitando una calle desierta y atestada de escombros, esqueletos de autos oxidados y chatarra abandonada. Olía a algo peor que a muerte: olía a cadáveres vivientes y pólvora, como si en esos ciento cincuenta años no hubieran podido ventilar el holocausto. Olía tan mal que a Dánae le dio náuseas, pero intentó con todas sus fuerzas ignorar el sentimiento.

Tobías la aferraba fuertemente su mano y la observaba de reojo, consciente de que la expresión de terror que contorsionaba su hermoso rostro era más que justificada. Pero Dánae lo amaba; lo hacía tanto que era capaz de seguirlo por aquel lugar difunto sin siquiera pensar en delatarlo ante las autoridades.

Avanzaron por la escarpada durante aproximadamente cuarenta minutos, internándose cada vez más en las entrañas de la ciudad olvidada y sorteando los obstáculos que se presentaban en el trayecto.

A donde quiera que mirasen, los edificios, de apariencia lóbrega, los acorralaban y en su interior podían verse las figuras de los objetos y muebles cubiertos por una gruesa capa de polvo, acumulada allí con el correr de los años. La mayoría de los cristales de las ventanas estaban hechos añicos, y sus restos se esparcían peligrosamente por doquier, crujiendo bajo sus pisadas.

Dánae elevó la mirada al cielo y descubrió que la oscuridad no provenía de los altos edificios derruidos sino de una niebla densa y de apariencia tóxica, formada como un mar de humo sobre sus cabezas.

—Es smog —explicó Tobías al notar la trayectoria de su mirada. —Lo succionan de la ciudad a través de enormes tubos conectados a bombas y lo liberan aquí. Normalmente se dispersa en una o dos horas, pero pareciera que cada día dura más.

— ¿Normalmente? —inquirió Dánae, enarcando una ceja y deteniéndose frente a él. — ¿Ya has estado aquí antes?

—Vivo aquí… —le confesó. Dánae se quedó atónita y presionó ligeramente la mano de Tobías, como si intentara negar lo que acababa de escuchar.

— ¿Cuándo llegaste? —lo interrogó, frunciendo el ceño.

—Hace varias semanas.

— ¿Qué hay de…?

— ¿El departamento? —la interrumpió él, encogiéndose de hombros. —Luego de la misión mi grupo y yo tuvimos que "re-ubicarnos" —le explicó, minimizando el hecho. Luego señaló con su dedo hacia un viejo

galpón que estaba a unos cien metros de distancia. —Ahí vivo ahora.

— ¿Quieres explicarme qué diablos está pasando? —demandó Dánae, ya fuera de sus cabales. Estaba harta de tener que esperar por más explicaciones y que el misterio nunca llegue a su fin. ¿Qué hacían en un lugar como aquel? ¿Por qué vivía él allí? ¿Qué había estado pasando durante esos cinco meses?

Tobías suspiró y bajó por un momento la mirada, buscando la forma de convertir sus pensamientos en palabras. Pero en su pecho se había formado una enorme sensación de pesar que se extendía radialmente como un tumor maligno creciendo y devorándolo por dentro. La verdad podía tanto liberarlos como hundirlos, y en ese momento él observaba de cara al abismo, un abismo en el que pronto incluiría a la persona que más quiere en el mundo.

—Alguien está obrando en contra del Gobierno, Dannie. Planean algo macabro, algo de lo que nadie se va a salvar. Y, si tienen éxito, lo perderemos todo.

Dánae contuvo el aliento y lo miró atónita, incapaz de poder hilvanar aquellas palabras en su mente. Tobías musitaba tan apresuradamente que incluso a ella le costaba comprender sus palabras. No obstante, y para su pesar, estaba segura de lo que había escuchado.

— ¿Cómo dices? —inquirió sin aliento.

El muchacho presionó con fuerza los labios, como si se arrepintiera de lo que había dicho. ¿Cómo no arrepentirse cuando te das cuenta que acabas de destruir el mundo de una persona?

Observó de un lado a otro de la calle, un tanto paranoico, en busca de fantasmas que estuvieran espiandolos. Pero la ciudad estaba tan perturbadoramente silenciosa que le daba la sensación de estar ellos solos en el mundo entero. Finalmente, se acercó a Dánae y susurró suavemente a su oído.

—Todo este tiempo estuvimos investigando a un científico, Paul Stimmer, pues teníamos cierta información de que estaba involucrado en el asesinato de nueve personas.

Hizo una pausa breve, durante la cual se relamió los labios. De repente, la garganta se le había secado tanto que sentía como si hubiera tragado el smog del ambiente.

—Pero no sólo lo estaba —continuó. —Sino que las muertes fueron productos de experimentos fallidos que él llevó a cabo en las víctimas. Y lo peor… —Tobías tensó la mandíbula por un segundo y luego se forzó a

destrabarla para continuar. —Lo peor es que alguien de la Ciudad Tecnológica estuvo financiando dichos experimentos, y creo que han logrado su cometido.

Dánae sintió como si algo invisible atravesara su estómago y lo retorciera en un giro completo de 360 grados. Lo que acababa de escuchar parecía salido de una pesadilla y la confusión engendró en su cuerpo una vorágine de pensamientos negativos. Empezó a desconfiar de él, de sus palabras, e incluso del amor que decía sentir por ella. ¿Por qué debía creerle, si fue él quien le ocultó su paradero durante todos esos meses? ¿Por qué debía creerle si, habiendo regresado hace semanas, no se había contactado con ella hasta ese día?

—No pued… —se interrumpió ella, mirándolo estupefacta. Empezaba a faltarle el aliento y se le dificultaba inhalar sin sentir ganas de vomitar. —¿Qué es lo que planean? —zanjó con sarcasmo, algo que golpeó de lleno a Tobías.

—Te contaré todo lo que necesites saber cuando estemos a salvo —repitió, entrelazando los dedos de su mano izquierda con la derecha de ella. —Pronto el smog descenderá y será más difícil respirar.

Dánae asintió y bajó el semblante pensativa. Sus ojos observaron ambas manos entrelazadas y luego ascendieron para barrer rápidamente el lugar que la rodeaba.

A donde quiera que se fijara, la muerte estaba presente. No había un solo árbol en la calle; ni siquiera mala hierba, de esa que crece por más que intentes quemarla con ácido. Lo único que había visto con vida en aquel lugar, eran los arbustos que crecían sobre la cerca, intentando hacer invisible a la ciudad olvidada.

Capítulo 4

El nuevo "departamento" de Tobías se veía peor por fuera de lo que era realmente por dentro. Una vez que te internas en la oscuridad del galpón, y buscas a tientas la puerta trampa, las escaleras en forma de caracol te elevan varios pisos por encima del manto de vaho, hacia un espacio amplio, iluminado y con una única ventana que da hacia afuera. A decir verdad, no estaba tan mal como Dánae pensó que estaría. Y si ignoraba el hecho de que se hallaba en una zona prohibida y peligrosa, era prácticamente como estar en casa.

—Nada mal… —musitó, recorriendo la amplia sala de estar con la mirada. —Pensé que nada quedó en pie después del bombardeo...

—Y así es, pero sobrevivieron algunos pisos que no fueron alcanzados por las bombas, y varios subsuelos y sótanos —le explicó Tobías, mientras se quitaba la chaqueta y la dejaba colgada sobre el respaldo de una silla. Caminó hacia la nevera y buscó una botella de jugo de naranja; sirvió dos vasos y le acercó uno a ella.

— ¿Cómo conseguiste todo esto? —inquirió ella, tomando el vaso ofrecido y acomodándose en el viejo sillón de la sala. Estaba sedienta, así que se lo bajó todo en cuestión de segundos, dejando que el dulzor ácido de la naranja relajara su garganta reseca.

Tobías se acercó y se dejó caer a su lado; pasó su brazo libre sobre los hombros de la joven y la atrajo hacia sí para abrazarla. Ella se recostó ligeramente sobre el pecho de su novio; el tan conocido aroma de su colonia favorita le robó un suspiro, y por un momento hizo que dejara a un lado su enfado.

—Estamos metidos en un enorme lío, Dannie. Vimos cosas que se supone nadie debía ver, y ellos lo saben...descubrieron a uno de los nuestros y lo capturaron. El resto nos vimos obligados a exiliarnos de la ciudad, así que los Agentes nos reubicaron aquí y nos proporcionan todo lo que necesitamos...al menos hasta que se solucione este asunto.

Ante el silencio indemne de la joven, Tobías decidió continuar con su relato. Por dentro rogaba que ella pudiera entender la complejidad del tema y le creyera, porque nada podía hacer si ella decidía no creerle.

—Paul Stimmer es un especialista en neurología y genética, que lleva media vida estudiando el comportamiento humano frente a ciertos estímulos. Tratándose de un hombre sumamente importante en la jerga, solía asistir a cuanto congreso mundial se lo invitase y participaba de diversas investigaciones. No obstante, hace tiempo que había desaparecido de la mirada pública. Las lenguas decían que había

enfermado y necesitaba tiempo para recuperarse. Habría sido la excusa perfecta...si los Agentes no hubieran descubierto los planes turbios que tenía en mente.
>>El caso comenzó tras aparecida la primera víctima, una mujer de unos treinta años. La autopsia develó que había muerto por un derrame cerebral, aunque presentaba signos de violencia y deshidratación en el cuerpo. Los análisis de sangre indicaron la presencia de varios fármacos y drogas alucinógenas en cantidades exorbitantes, por lo que el caso quedó cerrado y la víctima olvidada como una más del montón. Sin embargo, casi un mes después, apareció otro cadáver en condiciones similares, otra mujer joven que había sido dada por desaparecida hace casi un año, pero que la fecha de defunción era reciente Ninguna de las dos parecía tener nada en común con la otra, más allá de las causas de muerte; pero con la aparición del tercer cuerpo, esta vez un hombre, se acumularon tantas sospechas que resultaba difícil de ignorar. El patrón resultaba bastante claro...un cuerpo por mes, arrojado en algún lugar de la ciudad perdida, a la espera de ser consumido por los gusanos. Podrían haberlos incinerado o enterrado de forma que nunca nadie supiera de ellos, pero no fue así, y se sospecha que la o las personas encargadas de deshacerse de los cuerpos en realidad estaban dejando pistas.

— ¿Pistas? —inquirió Dánae. No podía siquiera concebir la idea de que usaran personas muertas para atraer la atención de los Agentes sin que un escalofrío la recorriera de pies a cabeza.

—Así es —repuso él, cuidadosamente separando a la joven de su cuerpo para poder tomar el teléfono celular del bolsillo de su pantalón. Luego de tocar varias veces la pantalla con su dedo pulgar, lo giró hacia ella y le enseñó una fotografía que la hizo palidecer.

—Oh, por favor no...

Lo primero que notó fueron las prendas manchadas de sangre. Lo que solía ser una camiseta gris, ahora era un manto escarlata que cubría el torso de una víctima, recostada con la cara contra el suelo. El cabello cobrizo de la mujer caía hacia uno de sus costados, dejando libre una parte de su cuello. Y allí, sobre la piel en estado incipiente de putrefacción, había un número escarificado.

Dánae apartó rápidamente la mirada de la pantalla y cerró sus ojos, intentando no desmayarse. Pero la imagen se había calado tan profundamente en su cerebro como aquel número en la piel de la víctima, y por más que quisiera con todas sus fuerzas borrarla, ya era demasiado tarde.

—Es un código… —prosiguió Tobías, luego de asegurarse de que su novia no perdería la conciencia. —Todos los cuerpos tenían uno distinto, y para cuando los Agentes pudieron descifrarlo, ya habían muerto nueve

personas.

No, definitivamente a Dánae nunca le gustaría el trabajo de su novio, por más gratificante que fuera la paga o lo importante que fuera su puesto. No obstante, siempre prefería no entrometerse y no indagar. Cuanto menos supiera mejor, aunque le resultase doloroso. Por ese motivo lo había esperado durante tanto tiempo...y ahora entendía realmente por qué.

Que lo entendiera, sin embargo, no quería decir que le gustara. De hecho, la sola idea de imaginarse a Tobías involucrado con cadáveres era lo suficientemente espantosa como para no querer saber nada más sobre su empleo.

— ¿Qué decía el código? —susurró la muchacha, intentando recobrar la compostura; pero simplemente no podía hacerlo, pues aquellos números tatuados en la piel danzaban en su mente, acompañados por imágenes espantosas de cuerpos inertes y sin rostro.

—Era una dirección, en Brasil. Los Agentes pudieron rastrearla y dieron con el paradero de Stimmer. También descubrieron que todos los meses salía un avión desde el aeropuerto en ruinas, llevando a una persona con vida y trayendo un cadáver de regres

— ¡No puede ser! —chilló la joven, completamente estupefacta, cubriéndose instintivamente los oídos con ambas manos cual niña pequeña que se protege de los truenos. La ciudad olvidada parecía esconder mucho más que delincuentes y drogadictos marginados por la sociedad, y la simple idea la aterraba.

Tobías asintió lentamente con la cabeza, como si inclusive a él le costase aceptar sus propias palabras. Pero los horrores que había presenciado en aquel lugar eran prueba suficiente para creerlo.

Los monstruos caminan entre los humanos, se sientan a sus mesas, charlan con sus familiares y juegan con sus hijos. Los monstruos no son monstruos hasta que se demuestre lo contrario, e incluso luego de eso podrán ser considerados como héroes ante otros monstruos.